

LA COMETA ENCANTADA



COLECCION MARUJITA Nº 8

La Cometa

Encantada

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA*

La COMETA ENCANTADA



En un pueblecito, situado a corta distancia del País de las Hadas, vivía una comunidad de duendecillos, muy limpios, bondadosos y amigos de favorecerse mutuamente, de modo que eran muy felices. Ninguno de ellos pronunciaba jamás una palabra de enojo, ni

tampoco nadie fruncía el ceño o contestaba de mala manera.

Cierto día un geniecillo, llamado Cusquín, fué al pueblo para vivir en él. Pronto se vió que era un individuo desagradable. En primer lugar, era demasiado versado en la magia y cuando alguien no se apresuraba a hacer lo que él pedía, murmuraba algunas fórmulas de encantamiento y entonces a los desdichados les ocurrían cosas muy molestas.

En una ocasión, la anciana vendedora de mantequilla no quiso dársela al precio que Cusquín le pidió y entonces éste, para vengarse, pronunció una fórmula mágica, en virtud de la cual la pobre mujer vióse obligada a

mirar ceñuda a todo el mundo. Para evitar aquella desagradable necesidad, consintió en vender la mantequilla al precio que deseaba Cusquín, pero él se marchó sonriendo, sin levantar el encantamiento. Otra vez el señor Tipín no le quiso prestar su escoba, porque ya se la había prometido a otra persona. Cusquín murmuró unas palabras mágicas y el pobre señor Tipín vióse dotado de una voz antipática e insultante, que sólo le sirvió para hacerse muchos enemigos.

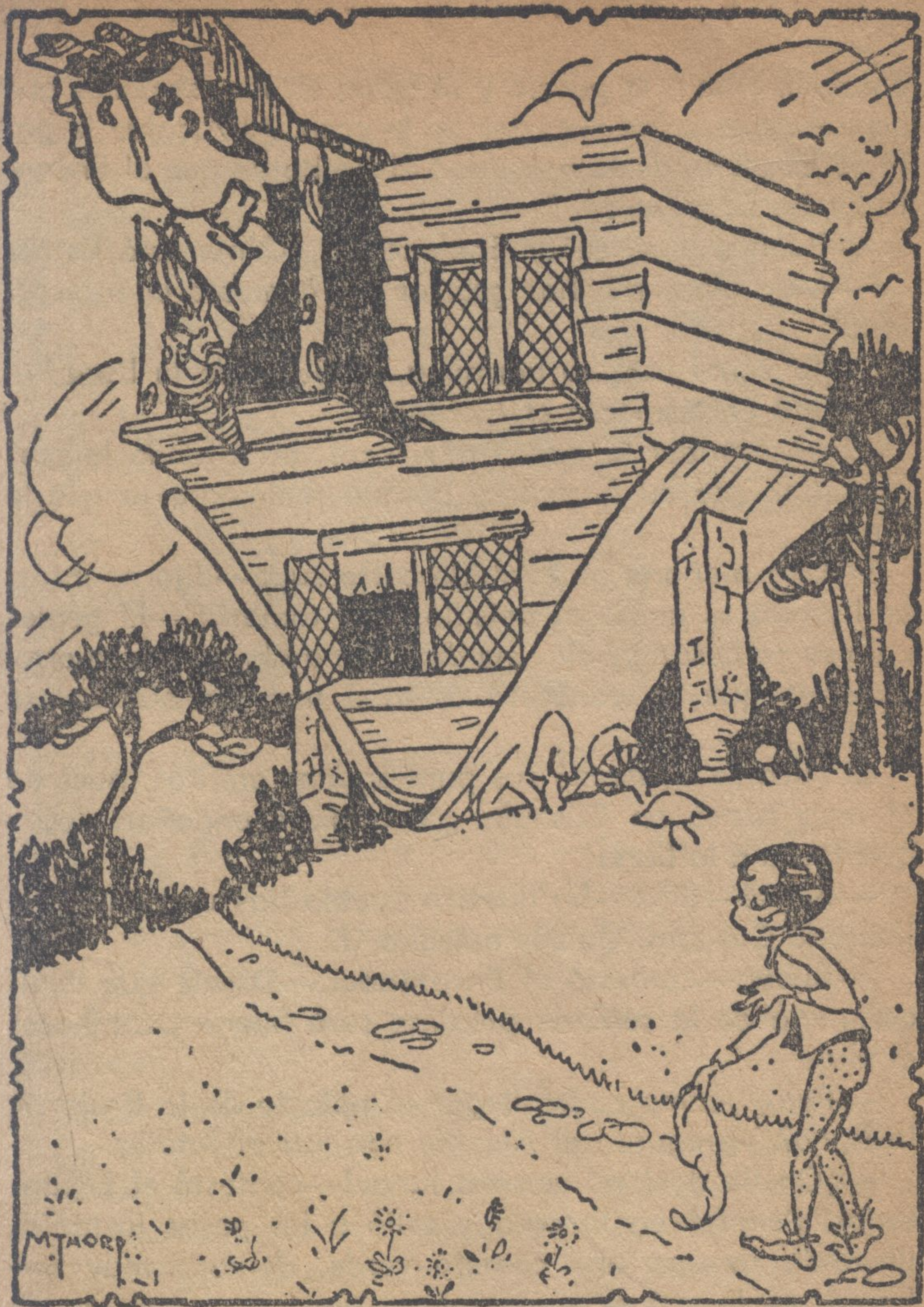
Como se comprende, todos aquellos a quienes se dirigía con su voz seca y autoritaria, le contestaban en igual tono, y, por vez primera, se conocieron las penas en el pueblo, antes tranquilo. La vendedora de mantequilla estaba ceñuda todo el día, y cuantos la veían la miraban de igual modo, cosa que originaba multitud de disputas y peleas.

Por todas esas razones, los duendecillos empezaron a sentirse desgraciados.

Entonces el Alcalde del pueblo creyó llegada la ocasión de intentar algo. Por consiguiente, se dirigió a la azulada montaña, que existía al este del pueblo, con objeto de visitar la extraña casa que había en la cumbre.

Aquella casa se había construido al revés, de modo que apoyaba en el suelo el tejado y las chimeneas, y los escalones de la puerta se hallaban en la parte más elevada. Ello era muy raro, pero fué preciso construir la casa así, porque el encantador que la ocupaba siempre andaba con los pies en alto y la cabeza abajo, a causa de un encantamiento que le salió mal; y naturalmente la vivienda había de estar de acuerdo con sus costumbres.

El Alcalde llamó al Encantador, porque nadie podía entrar en una casa como aquella. El Encantador salió



—BUENOS DÍAS, ENCANTADOR—DIJO EL ALCALDE

amablemente a la puerta y se sentó en los escalones que ocupaban la parte superior de la casa. Al Alcalde le pareció el colmo de la habilidad el hecho de que el Encantador no se cayera.

—Buenos días, señor Encantador. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, muchas gracias — contestó el interpe-

lado.

—¿Y cómo está su hermana, la Bruja de la Luna?— preguntó cortésmente el Alcalde.

El encantador se ponía muy contento cuando le preguntaban por su hermana, porque realmente la quería mucho.

—Esta mañana he recibido carta suya—dijo mientras se llevaba la mano al bolsillo para tomarla.—El geniecillo se ha casado y ella me dice que anda buscando otro. Supongo que no conocerá usted a ninguno que quiera ir allá.

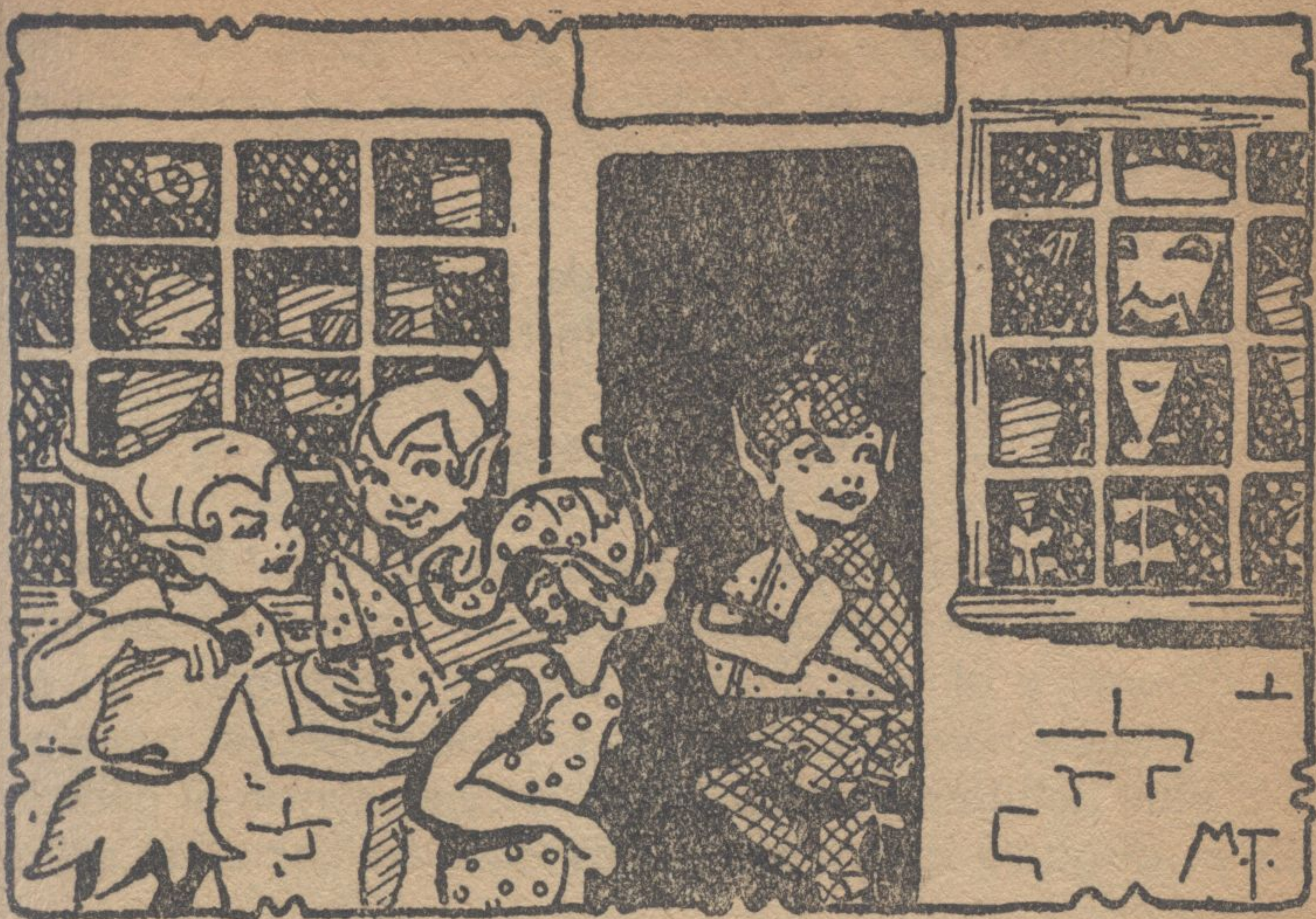
El Alcalde enderezó sus puntiagudas orejitas, pues en el acto pensó en Cusquín. ¡Si pudiese engañarlo para que fuera a la Luna!

—No sé—dijo.—En nuestro pueblo hay un geniecillo, llamado Cusquín. Quizás quisiera ir.

—Bueno—contestó el Encantador.—Dígale que cualquier día de la semana próxima será bueno para hacer el viaje.

—Pero, ¿cómo podrá llegar al palacio de la Bruja de la Luna?—preguntó el Alcalde con mayor interés.

—¡Oh, le daré mi cometa lunar!—contestó el Encantador. Penetró en la casa y salió a los pocos instantes llevando consigo una cometa verde, de tono muy brillante, en la que se veía pintada una cara sonriente. El rabo de la cometa era muy largo y estaba compuesto de plumas amarillas y verdes. Arrojó la cometa al Alcal-



LOS DUENDECILLOS FUERON A COMPRAR COMETAS

de de los duendecillos y le dijo:—Tenga usted mucho cuidado con el cordel. En cuanto lo agarra alguien con las manos desnuda, la cometa se apodera de él y lo transporta a la Luna.

—Muchas gracias—contestó el Alcalde, en extremo satisfecho.

Le dió luego los buenos días y se volvió al pueblo.

Convocó una reunión secreta de los duendecillos, y en unión de ellos convino un plan. Dos días después, la tiendecita de juguetes del pueblo estaba llena de cometas. No eran tan grandes ni bonitas como la verde del Encantador, que estaba colgada del centro del techo de la tienda, de manera que su rabo llegaba hasta el suelo.

Todos los duendecillos fueron a comprar cometas, aun-

que ninguno, como ya se adivina, preguntó por la del Encantador. Luego el Alcalde hizo fijar un cartel en el prado del pueblo. Decía así:

"Gran concurso de cometas
el jueves por la tarde.
Venga y gane el premio
con su cometa."

Ya se comprende que ésta era una parte del plan convenido entre los duendecillos. Cusquín no sospechaba cosa alguna, y al leer el cartel decidió tomar parte en el concurso de cometas para ver si conquistaba el premio. Era muy hábil en muchos ejercicios y se sonrió al pensar en el disgusto que tendrían los duendecillos si él salía vencedor.

Se encaminó, pues, a la tienda de juguetes y examinó todas las cometas que estaban en venta.

—No me gusta ninguna de esas—dijo con rudeza.—¿No tiene usted ninguna mejor?

—¡Oh!—replicó la dueña del establecimiento.—Tengo una cometa magnífica, señor Cusquín, pero la guardaba para el señor Alcalde. Además, es cara.

En cuanto Cusquín se enteró de que la hermosa cometa estaba reservada al Alcalde, decidió adquirirla. ¡Qué disgusto tendría el Alcalde! Sin embargo, no estaba dispuesto a pagar un precio elevado. ¡De ninguna manera!

—Le doy a usted cincuenta céntimos por esa cometa—dijo a la buena mujer.

—¡No puede ser!—contestó ella.—ya le he dicho que es una cometa cara.

—Démela por cincuenta céntimos, pues, de lo con-



¡OH!—DIJO LA VENDEDORA—TENGO UNA COMETA

trario, le voy a lanzar una maldición y cuando quiera hablar empezará a gruñir, sin poder remediarlo.

La dueña del establecimiento se apresuró a descolgar la cometa para entregarla a Cusquín, quien salió lleván-

dosela muy satisfecho. El jueves por la tarde se encaminó como los demás a la colina, en donde ya se elevaban las cometas, y, muy orgulloso, mostró la suya a los duendecillos.

Con gran sorpresa por su parte, no pudo advertir que el Alcalde estuviese disgustado al verse sin la cometa que le estaba destinada. Eso le dió que pensar, pues se dijo que quizás hubiese algo raro en aquella cometa, de manera que, para colmo de precauciones, decidió hacerla probar al Alcalde.

Pero éste se había preparado ya para aquella contingencia, pues llevaba puestos un par de guantes, a fin de no tocar el cordel con las manos descubiertas. Tomó, pues, la cometa de Cusquín, desenrolló una parte del cordel y luego llamó a un duendecillo que estaba cerca, para que arrojase la cometa al aire en cuanto soplara una racha de viento. Poco tardó en subir la cometa, que resultaba magnífica, vista desde abajo, hasta que, alcanzando mayor altura, apenas se hizo visible.

Cusquín agarró con rudeza el cordel de la cometa. Quería hacerla volar él solo, pues ya se había convencido de que no había ningún peligro.

—Veo que llevas guantes—exclamó en tono burlón dirigiéndose al Alcalde.—¡Pobre duendecillo! ¡Tiene miedo de lastimarse las delicadas manos!

El Alcalde sonrió. El geniecillo se apoderó del cordel y lo soltaba lentamente, a medida que la cometa alcanzaba mayor altura. Pronto se agotaría la provisión del cordel, y entonces, ¿qué le sucedería al burlón geniecillo?

Todos los duendecillos recogieron sus respectivas cometas y se dispusieron a observar. Cusquín se figuró que querían admirarle y empezó a darse tono. De pronto se terminó el cordel y el geniecillo lo retuvo con la mayor

fuerza, o, mejor dicho, fué el cordel que lo sujetó a él.

En cuanto llegó este momento, la cometa no dejó de ascender, sino, todo lo contrario, pues ejerció una fuerza tal contra el geniecillo, que éste se vió levantado en el aire. Quiso soltar el cordel, mas por mucho que se esforzó no pudo conseguirlo. El encanto mágico de la cometa se había apoderado de él. Salió, pues, disparado por el aire, sin dejar de pedir socorro, pero nadie se dispuso a prestárselo, porque estaban todos satisfechísimos de ver como se alejaba Cusquín.

—Vas ahora al palacio de la Bruja de la Luna, para ser su esclavo. Sé bueno y trabaja bien, porque, de lo contrario, te verás transformado en una araña.

Cusquín profirió un grito de rabia al ver que, a pesar de todo, le habían engañado. Pero de nada le sirvió. No tuvo más remedio que continuar su viaje a la Luna, y muy pronto no fué más que un puntito en el cielo.

—Ya se ha ido—exclamó el Alcalde, muy alegre.— Suerte tuvimos del auxilio del Encantador. Ahora es posible que todos los maleficios que ese tuno puso sobre nosotros desaparezcan dentro de breve tiempo y podamos ser nuevamente felices.

En efecto, pocos días después desaparecieron aquellos maleficios y en el pueblo volvió a reinar la paz y el contento. En cuanto a Cusquín, Dios sabe cómo le va a las órdenes de la Bruja de la Luna. A mí no me importa gran cosa. ¿Y a vosotros?

LOS MUNECOS DE PAPEL

Cierta tarde lluviosa, Santiago y Susana se dirigieron a la caja de costura de la institutriz y tomaron dos pares de tijeras, con objeto de dedicarse a recortar muñecos de unos catálogos que encontraron en el estante de los libros del comedor. Y una vez en posesión de todo eso, se dirigieron a la habitación destinada a sus juegos.

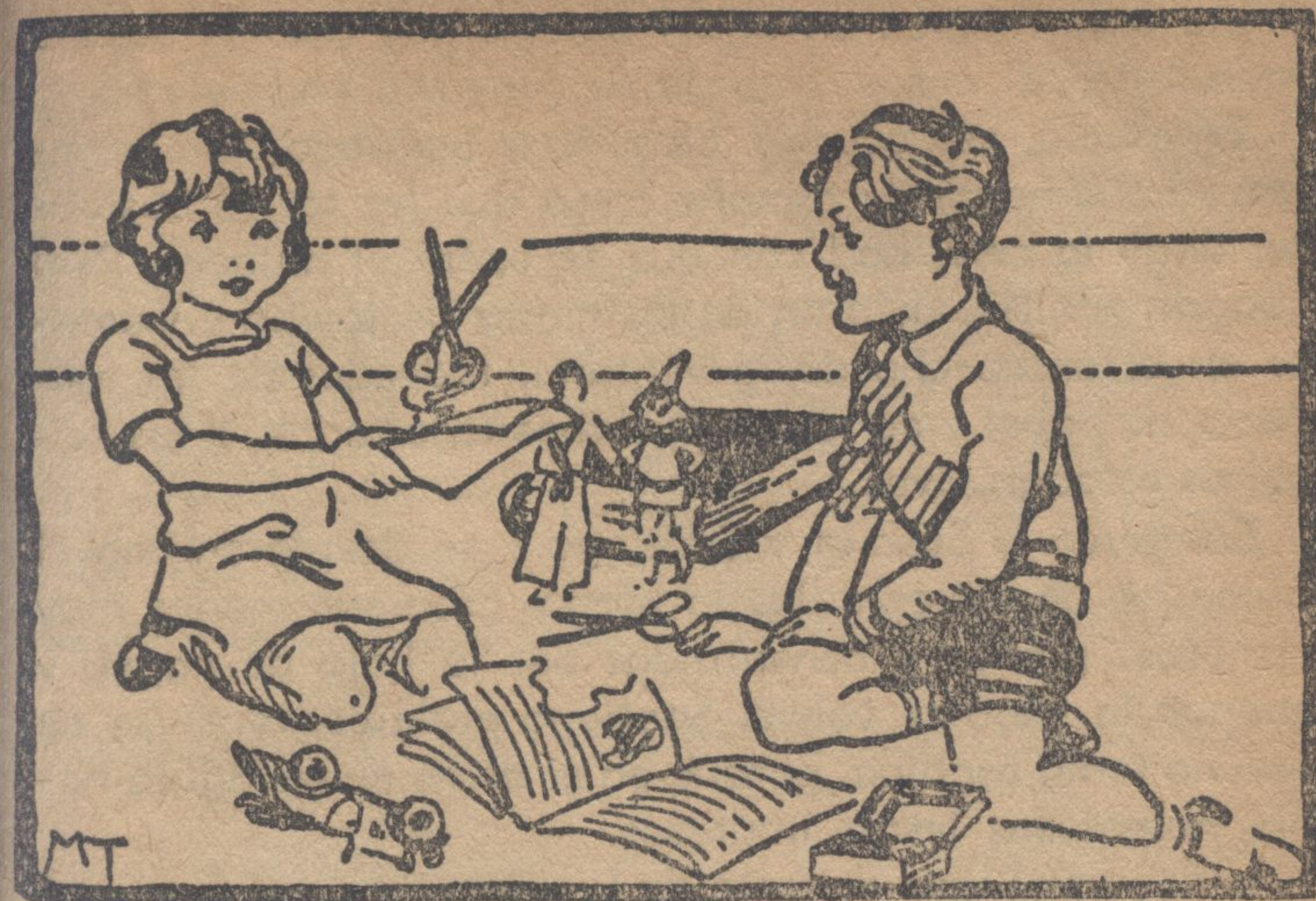
—Yo voy a recortar esos automóviles. Son muy bonitos y, además, tienen colores. Mira, Susana.

—Sí—contestó la niña.—Por mi parte recortaré algunas personas. Mira, aquí hay una vieja que lleva un cesto, un hombre muy alto, con sombrero puntiagudo y otro de corta estatura, que lleva bata. ¡Oh, voy a recortar muchos muñecos!

Santiago no tardó en dejar listos los automóviles. Eran tres: uno rojo, otro verde y otro azul. Luego quiso recortar otros objetos más pequeños, como, por ejemplo, un atizador, unas tenazas y también una pala para el carbón. Después encontró una página en la que había algunas cajas de bombones de chocolate, todas ellas con las tapas abiertas, para dejar al descubierto los tentadores dulces. Tenían aspecto de ser deliciosos.

—Voy a recortar esas cajas de bombones—dijo a Susana.—¡Oh, qué bonitos muñecos has recortado! Ponlos en pie, Susana. Así parecerán de verdad.

Susana los puso en pie. Había recortado las figuras de una mujer anciana, de un hombre alto y de otro pequeñito que vestía una bata de casa. Los apoyó contra un libro.



—¡QUÉ BONITOS MUÑECOS HAS RECORTADO!

—Hemos recortado muchas cosas — dijo la niña. — Automóviles, muñecos, instrumentos para el fuego y cajas de bombones. ¡Oh, Santiago, cuánto me gustaría que esos bombones fuesen verdaderos!

—Vamos a llevarlo todo al antepecho de la ventana —dijo Santiago, recogiendo sus automóviles de papel y las demás cosas.— Pondremos en pie los automóviles y también los muñecos. Tendrá un aspecto magnífico.

Acercáronse, pues, a la ventana, subieron al ancho antepecho, detrás de la cortina azul y empezaron a poner en pie todos sus muñequitos.

—Me gustaría ser tan pequeña como esos diminutos personajes—dijo Susana.—Así podríamos jugar con ellos y ver cómo son.

Ahora bien, no sé cómo sucedió la cosa, pero quizás

había algo mágico en aquel día, porque apenas Susana manifestó tal deseo, cuando se convirtió en realidad.

En efecto, eso ocurrió. La niña y Santiago disminuyeron rápidamente de tamaño, cosa que les fatigó bastante, dado la celeridad con que se operó el milagro. Pero cuando por fin, dejaron de disminuir de tamaño, viéronse en el antepecho de la ventana, rodeados de los muñecos de papel y de los automóviles recortados. Y los primeros estaban vivos.

Sonrieron a Susana y Santiago y se acercaron con el propósito de estrecharles la mano. Eran sus manos muy curiosas: planas y constituídas por la hoja de papel, y cuando la vieja se volvió, Santiago pudo convencerse de que no tenía espalda, porque en el dorso de su figura había numerosas letras impresas.

—Ese es el lado opuesto de la página de que la recortaste—murmuró Santiago al advertir la mirada de asombro de Susana.—En el otro lado había una historia y eso que ves constituye solamente una parte. ¿No te parece extraño?

—Nos alegramos mucho de que hayáis recortado para nosotros esas cajas de bombones de chocolate—dijo el individuo del sombrero puntiagudo, mientras tomaba una caja y la examinaba.

—También os agradezco que cortarais mi aro de madera—dijo a su vez el niño grueso.

Levantó el papelito para impulsar el aro, pero éste no rodaba bien, porque las tijeras de Susana habíanse desviado, cortando un extremo del aro.

Su dueño se enojó mucho.

—Este aro no quiere rodar—dijo ceñudo.—Muy descuidada fuiste al recortarme. Voy viendo que no me eres nada simpática.



SONRIERON Y FUERON A ESTRECHARLES LA MANO

—No le hagas caso—replicó el hombrecillo cubierto por una bata.—Es un muchacho de bastante mal genio. Por mi parte estoy muy contento del modo como recortaste mi bata. Mira, está tan bien cortada la cintura, que incluso puedo ponérmela o quitármela.

El hombre alto, del sombrero puntiagudo, tomó una de las cajas de bombones y los ofreció a Susana.

Pero la niña no pudo meter los dedos en la caja. Habéis de tener en cuenta que ésta sólo era pintada y, como se comprende, resultaba imposible sacar sus bombones de chocolate. La niña se quedó muy desilusionada.

El duendecillo negro que la niña recortara, se acercó a examinar la caja. Metió en ella su manecita y, con gran sorpresa de Susana, sacó un gran puñado de bombones. Luego echó a correr llevándoselos.

—Supongo que habrá podido hacerlo porque, como los bombones, él también es de papel. A pesar de todo, sospecho que deben de tener un gusto espantoso.

—Vamos a dar una vueltecilla en estos automóviles —exclamó la mujer del cesto.

Acudieron al lado de los automóviles y entonces el hombre de alta estatura tomó el volante del vehículo, en tanto que la anciana subía a su lado. El hombre vestido con la bata se encargó de manejar el automóvil azul y en cuanto al chico gordo, subió a su lado. Dejaron al duendecillo negro solo con el coche verde. Y era evidente que estaba muy enojado.

—Yo no sé guiar—exclamó.—Uno de vosotros dos, niños, ha de venir a acompañarme en mi paseo. No voy a quedarme solo.

—Pues yo no quiero subir al coche contigo—contestó Santiago.—Tienes aspecto de estar sucio y puerco en extremo.

—¡Imbécil!—gritó el duendecillo, furioso a más no poder.—Sube inmediatamente al coche. ¿Cómo te atreves a insultar a un muñeco de papel?

Con gran sorpresa de Santiago, los demás muñecos se dispusieron a defender al duendecillo y, muy enojados, se dirigieron a los niños gritando:

—Subid al coche a dar un paseo. No habéis querido comer nuestros bombones de chocolate y ahora no os dignáis guiar uno de nuestros automóviles.

Los niños estaban realmente asustados. Santiago se acercó al automóvil verde e intentó subir a él. Claro está que no pudo, porque no era un automóvil verdadero, sino solamente pintado. Probó varias veces, pero nunca consiguió sentarse.

El duendecillo ocupaba el asiento posterior, observando la escena. Furioso, observaba los esfuerzos de Santiago y al final le gritó:

—Estás representando una comedia. Quieres fingir



NO TE ASUSTES, SUSANA, SON MUÑECOS DE PAPEL

que no te es posible subir al automóvil, pero como eres igual que nosotros, has de poder imitarnos.

—Pues no somos iguales, ¡ea!—replicó Santiago, perdiendo la paciencia.—Ni siquiera tenéis espalda. Nosotros, en cambio, somos de carne y hueso. Vosotros no sois otra cosa que muñecos recortados. Lo mismo son los automóviles, y claro está que no podemos subir a ellos. No seáis tontos.

Cuando los muñecos de papel oyeron tales palabras de Santiago, se enfurecieron a más no poder. Apresuráronse a apearse y miraron a su alrededor, en busca de armas que les permitiesen luchar con los niños. De pronto vieron el atizador, las tenazas y la pala que había recortado Santiago y que se hallaban en aquel momento en el suelo y al lado de las cajas de bombones.

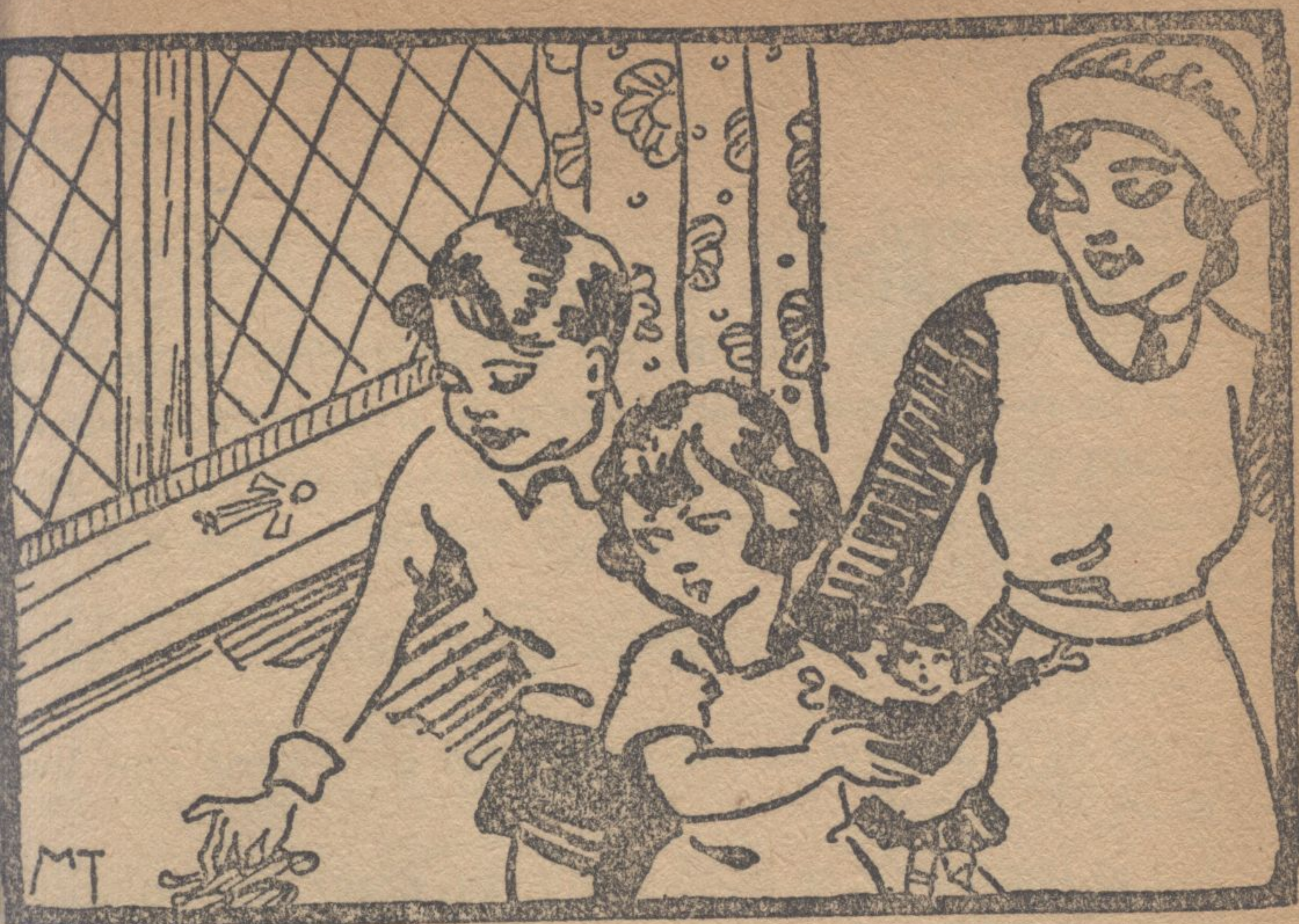
El hombre del sombrero puntiagudo tomó el atizador. El que vestía bata se armó con las tenazas y el duendecillo empuñó la pala. La vieja enarboló su cesto y el chico se dispuso a luchar con el palo del aro. Así armados, los muñecos de papel se arrojaron, llenos de furor, contra los asustados niños.

—No te asustes, Susana—dijo Santiago,—no son más que muñecos de papel.

—Pero nosotros no tenemos ninguna arma—exclamó la niña, mirando a su alrededor.

—Soplaremos contra ellos—dijo Santiago.—Como son de papel, los derribaremos.

Entonces, con gran sorpresa de los muñecos de papel, en cuanto estuvieron cerca de los niños, éstos soplaron con toda su fuerza. Los muñecos se quedaron tendidos en el suelo y muy extrañados. Sin embargo, se pusieron en pie nuevamente y quisieron reanudar el ataque. Otro soplo los dejó tendidos en el antepecho de la



—NO VENGÁIS CONTÁNDOME UN CUENTO

ventana, aunque el chico gordo fué a parar al suelo de la habitación, lo cual desalentó mucho a sus compañeros.

—Pronto no tendremos ya fuerza para soplar—murmuró Santiago al oído de la niña.—¿Qué haremos luego?

—Me gustaría que fuésemos otra vez tan grandes como antes—dijo Susana, ya cansada de su pequeña estatura.

Le bastó desearlo para que fuese cumplido su deseo, porque ya os he dicho que aquel día había una magia flotando en el aire. Cuando los muñecos de papel se disponían a atacar de nuevo, los niños recobraron su propia estatura y aquéllos profirieron un grito de sorpresa.

En un momento, los niños alcanzaron su tamaño ver-

dadero y entonces oyeron la voz de la institutriz:

—¿Dónde estáis? ¡Santiago! ¡Susana! Os he buscado por todas partes.

—Estamos aquí, señorita—dijo Santiago asomando la cabeza por la cortina de la ventana.

—Pues hace un minuto no estabais ahí, porque lo vi muy bien—contestó, asombrada, la institutriz.—No vi otra cosa sino unos cuantos pedacitos de papel que revoloteaban en el antepecho de la ventana.—¿Dónde estabais escondidos?

—La verdad es que estábamos aquí, señorita—contestó Santiago.

Luego él y Susana le refirieron sus aventuras con los muñecos de papel.

Pero la institutriz se echó a reír, sin creer una palabra de todo aquello.

—No vengáis contándome un cuento tan tonto. ¿De modo que luchabais con los muñecos de papel? ¿Quién oyó otra tontería igual?

—Pues mire, señorita—exclamó de pronto Susana.—Ahí está ese niño gordo y malo. Mírelo en el suelo, con su aro. Eso demuestra que hemos dicho la verdad.

Los niños y la institutriz fijaron los ojos en la figura del muchacho, que se hallaba en el suelo y luego miraron a los demás muñecos de papel, que yacían en el antepecho de la ventana.

—Yo, en vuestro lugar, los pegaría en el libro de dibujo. Así no podrían hacer ninguna otra aventura.

En efecto, allí están ahora los muñecos de papel, fuertemente pegados con goma. Y si alguna vez vais a merendar con Santiago y Susana, podréis verlos si tenéis interés en ello.

¿QUIEN ROBO LA CORONA?

El rey del País de los Duendecillos tenía dos coronas: una era de verano, de oro, ligera y fácil de llevar. La otra también era de oro, pero tenía un cálido forro de terciopelo rojo, porque el rey de los duendecillos sentía en invierno mucho frío en las orejas.

En los días invernales, cuando el rey llevaba su corona de abrigo, guardábase la de verano en un lugar seguro, cerrada en una caja, que se metía en un árbol hueco. Nadie sabía qué árbol era, a excepción del Rey y de Polín, el guardián de la corona.

Un día, cuando Polín salió, con objeto de sacar la corona de verano, a fin de limpiarla, vió, con la mayor sorpresa, que había desaparecido. Miró y registró por todos lados el hueco del árbol, lo examinó por fuera desde todas direcciones, a pesar de la mucha nieve que había caído, pues aquel era un día muy frío de invierno y nevaba copiosamente, y, en una palabra, buscó por cuantos lugares se le ocurrieron. Mas en vano, porque no pudo hallar la corona.

—¡Ha desaparecido!—exclamó para sí.—¡Seguramente la han robado! ¿Quién? ¿Quién será el ladrón?

Corrió a presencia del rey y le dió la mala nueva. El monarca envió a sus soldados al bosque con objeto de que lo registrasen todo. Pero también fueron vanos aquellos esfuerzos, porque nadie pudo hallar la corona.

—¿Qué haré en cuanto llegue el verano?—preguntóse el Rey.—Es evidente que no podré llevar esta corona, que pesa demasiado... y no puedo tampoco permitirme el lujo de comprar otra. Realmente es un caso muy molesto y desagradable. No puedo imaginarme quién puede haber descubierto el escondrijo en que se guardaba la corona, para robarla luego. Si supiésemos quién es el ladrón, podríamos ir a su casa a registrarla, con la certeza de que encontraríamos la corona.

—Majestad—dijo de pronto Polín,—supongo que habéis oído hablar de Gorrillo, el duende. Pues bien, se asegura que se trata de una personilla muy lista. ¿Dais permiso, señor, para que venga a descubrir al ladrón? Él se vanagloria de ser capaz de solventar cualquier misterio, de manera que quizás podrá ayudarnos.

—Hazle llamar en seguida—ordenó el Rey.

Gorrillo, pues, fué llamado y acudió en el acto. Era un duendecillo de cómico aspecto y, al mirarle, el Rey se dijo que probablemente ignoraba todavía cuántos eran dos y dos, pues tenía un aspecto infantil e insignificante.

Vestía una chaquetita amarilla, con botones verdes, y en la cabeza llevaba un gorrito también amarillo y adornado de campanillas que resonaban en cuanto su amo se entregaba a sus reflexiones, pero guardaban silencio si no pensaba en cosas de importancia.

Gorrillo se quitó su gorro al verse en presencia del rey, pues no habría sido cortés continuar con la cabeza cubierta. Hizo una profunda reverencia y luego se sonrojó, muy excitado.

—Me han dicho que eres capaz de aclarar cualquier misterio—dijo el Rey.

—Por lo menos lo intento—contestó Gorrillo.—Hay



LA CORONA HABÍA DESAPARECIDO

muchos misterios de fácil solución cuando se reflexiona atentamente acerca de ellos. ¿Tenéis, señor, algún misterio que yo deba aclarar?

—Sí—le contestó el monarca.

Y le refirió la historia de la desaparecida corona. El duendecillo escuchaba sin decir palabra.

—Ahora—añadió el Rey al terminar,—¿podrás hallar al ladrón de mi corona?

—Me parece que sí—contestó el duendecillo con una sonrisa en su rostro infantil,—pero antes quisiera saber algunos detalles.

—Haz las preguntas que quieras—dijo el Rey.

Gorrillo se puso su gorrito y empezó a reflexionar. Todas las campanillas resonaban muy de prisa.

—En primer lugar—dijo Gorrillo—hacedme el favor de decirme los nombres de todos los que viven en el bosque en que guardáis la corona.

Polín era el encargado de contestar y mencionó los nombres pedidos.

—En primer lugar Pinchos, el puercoespín—dijo. — Luego Rabolargo, la ardilla. Dormilona, la marmota, y Lista, la serpiente. El sapo Rastrero, Saltarina, la rana, que vive en el estanque que hay en el centro del bosque. Ligero, el conejo y además los geniecillos. Pero éstos habían ido a una fiesta, de manera que aquel día no había uno solo en el bosque. A los geniecillos no hay que culparlos. El ladrón ha sido uno de esos animales de cuatro patas, pero ¿cuál?

—Es un verdadero problema—dijo el Rey dando un suspiro.

Gorrillo reflexionó otra vez y resonaron alegremente las campanillas de su gorro.

—Otra pregunta—dijo.—¿Qué tiempo hacía el día en que desapareció la corona?

—Muy malo—contestó el Rey estremeciéndose. — Me acuerdo muy bien de él porque tenía las orejas heladas, aun debajo de la corona con forro de terciopelo. Nevaba mucho y soplaba un viento muy frío. Por esta razón no fué posible encontrar huellas en la nieve, ya que los copos que caían debieron borrarlas.

—Perfectamente—dijo Gorrillo inclinando la cabeza sobre el pecho.

De nuevo las campanillas resonaron alegremente.

—Es un terrible enigma, ¿no te parece?—exclamó el



GORRILLO REFLEXIONÓ DE NUEVO

Rey.—Empiezo a temer que sea demasiado misterioso para ti, Gorrillo.

—No es eso—replicó el duende levantando la cabeza y mirando sonriente al Rey.—Es fácil. Me preguntaba solamente la razón de que el ladrón se llevase vuestra corona, porque tendría un aspecto muy tonto si se la pudiese.

—¡Cómo! ¿Sabes quién fué el ladrón?—exclamó el Rey, asombrado.

—¡Oh, sí!—contestó Gorrillo.—De eso no tengo la menor duda.

—Pero, ¿cómo lo sabes?—preguntó el Rey con alguna incredulidad.—Ni siquiera has visitado el árbol ni los alrededores.

—No es necesario—contestó Gorrillo abandonando su asiento.—Si vuestra majestad se hubiese molestado en pensar acerca del particular, también sabría ahora quién es el ladrón.

—Bueno, y ¿quién es?—preguntó el Rey impaciente.

—Ligero, el conejo—contestó Gorrillo.—Mandad, señor, a vuestros soldados que vayan a registrar su madriguera. En ella encontrarán la corona.

Polín envió en el acto a seis soldados a la madriguera de Ligero. El conejo estaba sentado en la entrada y al ver a los soldados se asustó.

—¿Qué... qué... que... réis?—tartamudeó.

—Hemos venido a registrar tu madriguera—contestó el capitán.—Mira, ahí verás una orden del Rey.

Mostró la orden escrita al asustado conejo y éste se echó a temblar.

—Venimos en busca de la corona que robaste del hueco del árbol. Si quieres decirme dónde está, no habrá necesidad de que revolvamos todo lo que haya en tu madriguera.

—¡Está... está... en mi... mi... dor... dor... mi... mi... to... rio...!—dijo sollozando y derramando enormes lágrimas.—Voy a buscarla.

—¡De ninguna manera!—le contestó el capitán agarrándole con la mayor fuerza.—Ya os conozco, a vosotros, los conejos. Penetráis por un agujero y antes que nadie pueda impedirlo ya os habéis escapado por otro. Y tú, ahora, te escaparías llevándote la corona. Quédate aquí y mandaré a dos de mis hombres para que busquen y traigan la corona.



—HEMOS VENIDO A REGISTRAR TU MADRIGUERA

En efecto, dos soldados penetraron en el dormitorio del conejo, que era cómodo y caliente. Estaba tapizado de hierba y hojas secas, y debajo de éstas se hallaba la corona. Sí, realmente, allí estaba, y resplandecía como hermosa joya que era.

El conejo y la coneja fueron conducidos a presencia del Rey. Éste tuvo una gran alegría al ver la corona, pero luego miró ceñudo al conejo.

—Llévalo al castillo y encerradlo en el calabozo más profundo que haya—ordenó.

—De ninguna manera—aconsejó Gorrillo. — Que lo pongan, por el contrario, en el calabozo más alto que exista.

—¿Por qué?—preguntó el Rey asombrado.

—Porque a los conejos les gusta verse bajo tierra—contestó Gorrillo.—Si encerrasen a Ligero en un calabozo subterráneo, nada le costaría escapar practicando una galería en la tierra. En cambio, si se le encierra en el calabozo más alto que exista, no habrá cuidado.

El conejo, pues, fué llevado a una alta torre. Luego el Rey se volvió a Gorrillo y le rogó que le explicara cómo había solucionado aquel misterio y en tan corto tiempo.

—Pues no tiene nada de difícil—contestó el duendecillo riéndose.—Supe que había sido Ligero, porque el conejo fué el único de los siete animales que aquel día salió a corretear por el bosque.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó el Rey.—¿Cómo sabes que no fué Dormilón, la marmota, o Lista, la serpiente?

—Pues las marmotas se pasan el invierno aletargadas y nunca se despiertan y la serpiente duerme también, enroscada con sus hermanos, en un árbol y en el extremo del bosque—contestó Gorrillo.—Las marmotas y las serpientes no salen nunca en invierno.



EL REY QUEDÓ ENCANTADO AL VER SU CORONA

—¿Qué me dices de Saltarina, la rana?—preguntó el Rey.

—La rana duerme siempre en el estanque durante el invierno—contestó el duendecillo.—Aquel día el estanque estaba helado, de manera que no pudo ser la rana, aun en el caso de que hubiese despertado.

—Y ¿por qué no pudo ser Rastrero, el sapo?—preguntó Polín.

—Porque el sapo se esconde debajo de una piedra y se duerme en tiempo frío—dijo sonriendo Gorrillo.—Y no despierta hasta que llega la primavera. Tanto los sapos como las ranas, duermen durante todo el invierno.



RESONABAN LAS CAMPANILLAS DE SU GORRO

—Bueno, quedan Pinchos, el puercoespín, y Rabolar-go, la ardilla. Esos no duermen durante todo el invierno —observó el Rey.— También habrían podido ser ellos. Ra-bolargo suele salir en los días soleados del invierno, en busca de las nueces que escondió en otoño. Y en cuanto a Pinchos, le he visto, más de una vez, buscando por entre las zanas, en las noches serenas y no frías del invierno.

—Es absolutamente cierto—afirmó Gorrillo inclinando la cabeza.—No hay duda de eso. Pero vuestra majestad ya recordará que, según Polín nos dijo, el tiempo aquel

día era muy malo y el viento, fuerte y helado. Ahora bien, en cuanto ocurre eso, tanto las ardillas como los puercoespines se enroscan mejor que nunca y se entregan a un sueño profundo. Por esta razón no pudieron ser ellos.

—Bueno—observó el Rey reflexionando,—y no nos queda nadie más que el conejo.

—Así es—contestó Gorrillo sonriendo.—Eso es lo mismo que pensé. Y anduve en lo cierto. Siempre resulta fácil resolver un misterio si se piensa en ello intensamente, señor.

Y se alejó tarareando una cancioncilla, en tanto que resonaban armoniosamente las campanillas que adornaban su gorro.

—¡Hombre!—exclamó el Rey.—De habernos tomado la molestia de reflexionar, no hay duda de que hubiésemos parecido tan listos como ese Gorrillo.

—Pero lo cierto es que no caímos en eso—observó Polín.

FIN





UNA GRAN
AVENTURA

de

POPEYE

en

Simbad el Marino

El invencible Popeye os ofrece su más emocionante aventura. - Luchas épicas, venciendo a fantásticos animales, monstruos y hasta al sin igual Simbad el Marino. - Ayudado por la esbelta Serafina y el incansable devorador de salchichas Pancita; el gran Popeye os hará reír con sus trucos siempre nuevos.

Precioso libro ilustrado con cubierta y 16 láminas a cuatro colores y gran cantidad de dibujos en negro, por
E. C. SEGAR.

PRECIO \$ 2.—

EDITORIAL MOLINO — Gorostiaga, 1650 — Bs. Aires

Colección MARUJITA

Publicación semanal de cuentos infantiles

APARECE LOS LUNES

La más simpática colección de cuentos infantiles, preferida por los niños y las niñas por la ingenuidad de sus argumentos, su elegante presentación, con cubierta en colores y numerosas ilustraciones de reputados dibujantes, inmejorable impresión en tipos de cómoda lectura y precio extraordinariamente económico.

TITULOS PUBLICADOS

- | | |
|---|---|
| Nº 1—El geniecillo del país de las hadas. | „ 5—La zorra Pin y la señorita Gansita. |
| „ 2—La tetera que acusa. | „ 6—El enano de Zarzamora. |
| „ 3—El duendecillo perezoso. | „ 7—La torrecita en el bosque negro. |
| „ 4—La alfombra mágica. | „ 8—La cometa encantada. |

EN PREPARACION

- | | |
|------------------------------------|------------------------------------|
| Nº 9—El pueblo de los sucios. | Nº 18—El país maravilloso. |
| „ 10—El castigo de Clip-Clap. | „ 19—Los zapatos encantados. |
| „ 11—Pocholo y el viento Norte. | „ 20—La buena bruja. |
| „ 12—El pastel mágico. | „ 21—Las púas del erizo. |
| „ 13—El gorro de dormir del brujo. | „ 22—La peseta falsa. |
| „ 14—El paraguas rojo. | „ 23—Los seis brujos rojos. |
| „ 15—La regadera del brujo. | „ 24—Los zapatos del señor Gruñón. |
| „ 16—Los bolsillos mágicos. | „ 25—El astuto duendecillo. |
| „ 17—El señor Conejo y la Colada. | „ 26—Los huevos de Pascua. |

Cada volumen:
10 Centavos



GOROSTIAGA 1650

U. T. 73 - 0610

BUENOS AIRES